

Filosofía

ÁNGEL GABILONDO, un metafísico empedernido

En esta ocasión presentamos como entrevistado a un personaje ciertamente interesante para quien pueda acceder a su curiosa concepción de las cosas. Fuimos en su busca y lo encontramos en uno de los pasillos de la Facultad de Filosofía. Tras comunicarle nuestra intención y aceptar gustoso, procedimos con las preguntas, en las que se tocaron diversos puntos, algunos de ellos de interés puramente académico; otros, con atractivo cultural. En cualquier caso, su expresión, no carente de sarcasmo, así como su peculiar visión de ciertos temas, que resulta en ocasiones difícil de captar para los no familiarizados con su manera de hablar, hacen unas veces divertido, otras original y siempre sustancioso el contenido de las siguientes páginas.

—¿Qué piensas de la reestructuración de los Departamentos?

—Yo creo que si la transformación va acompañada de una modificación real será muy beneficiosa; si no, todo seguirá igual. Con esto quiero decir que se debería dotar a los Departamentos de medios económicos, de estructura, de organización, no sólo que sea una reforma por decreto, sino que efectivamente haya un cambio. Y luego, si las personas que componemos el Departamento queremos que algo sea realmente distinto, podrá producirse, si no será un cambio meramente formal, externo, aparente, pero la vida de la Universidad no será de otro modo. Esta reestructuración me parece bien, aunque probablemente habría que hacerla de otra forma. De todas maneras, nosotros ya hicimos una propuesta y el Rectorado la modificó, por eso no podemos estar realmente satisfechos.

—¿En qué consistió la propuesta?

—La propuesta se ajustaba a la Ley. Con doce miembros se podía hacer un Departamento y nosotros giramos en torno a ese número. Además, las solicitudes de los Departamentos iban por esa línea, lo que pasa es que la idea general de la Universidad ha sido unificar. Se han unificado Departamentos y no siempre con criterios que a nosotros nos parezcan claros. Por ejemplo: Historia Antigua y Medieval, Prehistoria, Arqueología (todo junto nos parece un poco liso). o Lógica, Idiomas Modernos, Historia de la Ciencia, Lingüística.. No sé. Se nos antoja un tanto excesivo. En fin, lo asumimos, pero no es nuestra idea. Esta era que debíamos ser grupos de dieciséis o dieciocho, porque con más es un poco difícil coordinar el trabajo.

—¿Qué tenéis que decir vosotros en todo esto?

—Intentamos en su momento, y en la medida de lo posible, ante la Junta de Gobierno, defender lo que habíamos propuesto, pero ésta es la que decide en última instancia qué Departamentos debe haber.

—¿Qué piensas de la reforma de las Enseñanzas Medias?

—Lo primero que tengo que decir es que esto se ha hecho sin contar suficientemente con las personas implicadas. Antes de valorar si el resultado ha sido bueno o malo, deberíamos participar con las personas a quienes afecta de un modo directo. Pienso que ya el principio augura problemillas posteriores, que son que las Letras, o las Humanidades, están un poco postergadas. En este país hemos apostado por una modernización que no queda muy claro lo que es; una modernización un poco tecnócrata, si bien quizá sea necesario que el país se modernice. Pero hay que aclarar qué quiere decir eso, y ver si va a ser una apuesta por un mundo técnico, que no está muy claro que sea lo mejor. Creo que tanto en el bachillerato como en la Universidad hay una política clara de primar otro tipo de disciplinas, incluso dentro de nuestras disciplinas se sigue esta línea. La Filosofía se empieza a entender como Historia de la Ciencia, cosa que nos parece muy bien, pero insuficiente. Habría que preguntarle a los que

están en el bachillerato qué piensan de este programa. Les he oído decir que no están nada contentos.

Hoy he leído en «El País» una carta amplia de alguien quejándose del arrinconamiento de las Humanidades en el bachillerato porque se piensa que éstas no son productivas. «¿A dónde vamos con tíos cultos? Con eso no se come. Lo que queremos es gente preparada para asuntos concretos, para cuestiones prácticas.» O sea, incultos hábiles.

—Que tú sepas, ¿esta circunstancia es exclusiva de este país?

—No sé. Es verdad que en estos bachilleratos hay cierta preocupación por copiar modelos exteriores, pero yo no sé si la incorporación a Europa debe entenderse como la reproducción de modelos que ya están aplicados cuando ya hay otra cultura. Quizá aquí sea necesario que sepamos leer, escribir y hablar un par de idiomas; un bachillerato que lograra esto nos prepararía para poder trabajar en serio. Son otros modelos sociales, otras vidas; en fin, no creo que reproduciendo modelos de Estados Unidos podamos lograr aquí mejores Universidades.

—¿Tú conoces otras Universidades?

—Algunas.

—¿Qué diferencia ves entre ésta y las otras, a grandes rasgos?

—Las otras tampoco son maravillosas. Hay que señalar también que nosotros hemos basado un poco la enseñanza en reproducir el bachillerato: esto es como un bachillerato continuado. Más que ver a la gente con libros bajo el brazo se la ve con apuntes; aquí lo que se hace es tomar apuntes, luego ir a casa a ver la tele, estar con tus padres. En realidad es vivir el B.U.P. unos años más, pero lo que se entiende por vida universitaria, que es un modo de vida distinto (lo que significa una serie de actividades distintas, unas relaciones distintas, incluso un horario de vida distinto y unos intereses culturales distintos), eso no ha llegado. Lo que veo es que el B.U.P., en vez de acabar en el C.O.U. se sigue unos años más. Aquí es difícil que uno se quede a pasar el día; no tiene comodidades, es difícil que pueda comer aquí, estudiar un poco, tener actividades culturales con otros. Yo creo que hay incomodidad física. El Rectorado está haciendo esfuerzos para poner una residencia de estudiantes; en definitiva, para dar a esto un poco de vida.

—Ahora, desde el punto de vista del alumno, yo te comentaría que en Filosofía estás cinco años y cada asignatura es un cursillo general. Es un saber muy amplio y poco profundo el que se obtiene con estos estudios. ¿Qué opinas tú de esto?

—Yo te diría que es debido a un mal plan de estudios. Cuando terminas tus estudios de Filosofía, y tras veinticinco asignaturas, para lo único que te ha servido es para darte cuenta de lo amplio que es el panorama del saber y de lo inculto que eres. De todas formas, ya se está elaborando un nuevo plan de estudios en el que va a haber unas asignaturas obligatorias para todo el Estado, que serán más o menos un

tercio del total. Otro tercio serán obligatorias para cada Universidad, y el último tercio será a libre elección de los alumnos.

Hay que hacer un esfuerzo por cambiar el plan de estudios, que es disparatado, ambicioso y se convierte, pues, en cultura general. Aquí vienes a aprender de todo, y de todo, poco. De todas formas hay que cambiar la idea de que donde se trabaja es en las clases; éstas no son sino invitaciones, orientaciones. Donde se ha de trabajar es fuera de ellas. Cada uno se ha de hacer su carrera y esto es lo que va a proponer el nuevo plan de estudios: que cada uno se examine en la dirección que más le interese.

—Cambiano de tema, Angel, ¿cómo le explicarías tú al no iniciado lo que es la filosofía?

—Es difícilmente explicable lo que es la filosofía. Casi todos los autores han dedicado un libro a este tema. Lo que sí queda claro es que el pensar occidental ha devenido actualmente en crisis. Vivimos en un mundo técnico, en el que pensar no parece útil. Parece incluso que pensar es algo que no produce prácticamente ningún beneficio social: no hay repercusión entre nuestro modo de pensar y la vida que vivimos. Esto muestra hasta qué punto quizá el pensar occidental ha hecho agua y es necesario reencontrar un nuevo modo de pensar. A grandes rasgos, yo creo que una preocupación de la filosofía sería el alcance y el sentido del pensar, el modo de considerar qué cabe entender por pensar y la vinculación de ese pensamiento con nuestro propio lenguaje y nuestra propia realidad. Yo sigo pensando que el pensar ha entrado en crisis porque no hemos pensado con toda la radicalidad necesaria; no por haber pensado demasiado, sino por haber pensado demasiado poco.

—¿A dónde va la metafísica?

—Cuando alguien dice que la metafísica se ha acabado, yo creo que no disparata. Kant decía: «La metafísica se ha acabado, pero hay que hacer otra cosa que sea distinta.» Llegamos después a Hegel, que dice: «La culminación de la metafísica, ahora hay ontología.» Después, Nietzsche dice de Hegel: «Hegel es un metafísico; aquí el que ha vencido a la metafísica soy yo.» Pero Heidegger dice: «Nietzsche es un metafísico; el único que ha superado la metafísica soy yo.»

Yo sé que en uno de los próximos números de «El País» la sección de libros se va a titular «El regreso de Heidegger», que es un poco la retoma de una nueva lectura. La metafísica, efectivamente, ha de quedar superada: pero entendida de un modo determinado, entendida como platonismo o como pensar representativo, eso, en efecto, ha muerto. Pero metafísica lo ha sido toda la filosofía, y la muerte de aquella es también la muerte de ésta: entonces cabe hablar del final de la filosofía y de la tarea de pensar, como dice Heidegger.

—Entonces, ¿cómo se entiende hoy la metafísica?

—Mira, si quieres le podríamos quitar hasta la palabra, en el caso de que ésta sea el obstáculo. Lo que hay que hacer es otro tipo de cosa: cuestionar cuál es el alcance del pensar en un mundo técnico, en la Era Atómica en la que estamos, y luego ver si el pensar no debe ser categorial. O igual ya no hay que hablar del sujeto, sino de nuevas formas de subjetividad. O ya no hay que hablar de un pensar discursivo, sino de una actividad extradiscursiva. Todo esto llevado al final es la muerte de la filosofía, pues la filosofía es y ha sido siempre metafísica.

—¿En qué modo crees tú que marca la filosofía el rumbo de la sociedad? ¿O es a la inversa?

—Este es un debate maravilloso que ya apasionaba a Platón. Este decía: «¿Debe ser el político un filósofo, o los filósofos deben tomar el poder?» Lo que yo he visto es que las experiencias de los filósofos haciendo política han sido un desastre. Una de las tentaciones de la filosofía ha sido siempre la política; pretender que la filosofía transforme el rumbo de la sociedad planteada en estos términos sería una tarea ridícula, casi mesiánica. Sin embargo, lo que sí creo es que el pensar, de una u otra manera, no es que influya social-

mente, es que la sociedad no es sino la configuración de un modo de pensar. En realidad, si el mundo es así es porque pensamos de un modo determinado; no podemos echarle la culpa a nadie. El mundo es nuestro mundo, producto de nuestra manera de pensar.

Sin embargo, algunos dicen que nos sentimos extraños en el mundo en que vivimos, y eso demuestra que quizá no se corresponden el modo de pensar y la configuración suya. En cualquier caso, la configuración social no se debe a lo que piensan los filósofos.

—¿Qué diferencias ves tú entre una sociedad joven como la norteamericana y otra como la de la vieja Europa?

—Las diferencias, desde luego, las ven ellos. Piensan que Europa es el paraíso de la identidad; piensan que Europa ya no da que pensar, que no es sino la reproducción de sí misma, que es una sociedad envejecida y por lo tanto un buen campo de batalla. Piensan incluso: «¿Dónde podríamos hacer una guerrilla? Pues ahí mismo, en Europa, que ya son muy viejos. En realidad reproducen siempre lo mismo; en última instancia son algo ya muerto.» Sin embargo, la sociedad norteamericana tiene una apuesta de futuro, un optimismo nacional, etcétera, pero no se dan cuenta de que lo que les está pasando a ellos ahora no es otra cosa que lo que les pasó a los europeos en el siglo XIX, y ellos creen que este afán de Nuevo Mundo es algo extraordinariamente novedoso. No obstante, hay que tener en cuenta que hablo de un país en el que no he vivido. Aun así, está claro que lo patético de todo esto es que Europa está empezando a pensar eso mismo de sí misma. En mi opinión yo creo que no. Yo estoy muy identificado con Europa y me siento más europeo que otra cosa.

—¿No crees que se le da demasiado «trabajo» a la expresión oral, a las palabras?

—Hoy por hoy nosotros somos hijos de los griegos, de Grecia, y creemos mucho en la expresión oral; creemos que ésta es un buen sustituto de la violencia. Yo creo todavía en el lenguaje, aunque no descarto que sea algo que se ha de superar.

—¿Qué es lo que más te gusta y lo que más te disgusta desde que estás aquí dando clase?

—Lo mejor es el contacto con las personas y la actividad creativa, y lo peor es que estas dos cosas no se cumplen tanto como yo quisiera.

Enviados especiales: LORENZO ESTAUN, RAFAEL MIALDEA y ALFONSO MORALEJA.

